

SEMBLANZA DEL AUTOR

La biografía externa de los bibliófilos suele estar desprovista de accidentes de los que llaman la atención del lector. Generalmente una procedencia burguesa, unos estudios normales, una carrera llevada con dignidad, un retiro y el oro de alguna condecoración por servicios profesionales: apenas de qué llenar la ficha correcta de un diccionario. El autor del presente libro no escapa a la corriente y su vida discurre, tranquila y apacible, desde que nace en Lubbeek, el año de gracia 1891.

Hijo de Notario, cambia su residencia a Lovaina al transferirse el Estudio paternal a esta ciudad en 1902 y pasa luego a Namur a cursar humanidades latinas en las aulas de los P.P. Jesuítas. Vuelta a los lares para estudiar la carrera de Derecho en la Universidad lovainesa, donde concluye sus grados en julio de 1914, vísperas de la conflagración europea.

Voluntario en el ejército belga desde el 10 de agosto de 1914, hace toda la campaña sirviendo en la Infantería y merece la Cruz de Guerra y la Medalla de Yser. 1914-1918, de los 23 a los 27 años vida de campaña, contacto con una sociedad y un mundo harto distinto de sus letradas y jurídicas aficiones; experiencia, también, de trato con gentes muy diversas en cultura y gustos; con modestia podría repetir las frases que hizo esculpir en su magnífica lauda Don Lorenzo Suárez de Figueroa: «en la juventud obró según la edad y en las armas usó lo que convenía.»

Armisticio y paz en 1919: con ella, vuelta a la vida normal tras el paréntesis de cuatro años de violencia colectiva, y en agosto a hacerse cargo del Estudio de Notario que deja su padre y que él, a su vez, entregará — agosto de 1950 — a su hijo en sucesión. Y a partir de entonces, trece años van transcurriendo de retiro gozoso consagrado sólo a sus aficiones, afincado ya en Bruselas, cerca de la Biblioteca Real, cerca de los Archivos, junto a los Museos Nacionales...

Pero... ¡qué equivocado quien piense que la vida de nuestro Notario ha sido solamente esta espaciada sucesión de fechas, esta redecilla tenue de deberes sociales, familiares y profesionales cumplidos con exacta regularidad! Porque si hay humano decurso lleno de accidentes y altibajos, de choques y quiebras, de sustos y sobresaltos, de amarguras profundas y gozos superiores a toda ponderación, esa es la vida del bibliófilo y el autor del presente volumen lo es hasta la médula de los huesos.

Nadie que no tenga la pasión por los libros — pasión avasalladora y desordenada como pocas — puede comprender el tesón, la astucia, el

tiempo y el dinero que hay que poner en juego para adquirir el raro volumen que falta en nuestras series; la sima de negrura en que se hunde el espíritu cuando se nos escapa de entre las manos — a veces por horas o por minutos — el ejemplar único que no volverá a presentársenos en la vida; el gozo intensísimo que se siente al descubrir, perdido entre los renglones mal compuestos de un catálogo de librero de viejo provinciano, la codiciada pieza y la felicidad inmensa que baña nuestra alma cuando al recoger el paquete en correos comprobamos que está allí y es nuestro el «mirlo blanco» cuya existencia ha sido negada por unos, puesta en duda por otros o desconocida por todos.

Y también el dolor agudo, sordo, permanente, inextinguible, si la presa codiciada ha ido a parar a alguna de esas colecciones particulares cuyos dueños — verdaderos eunucos de serrallo literario — tras alhajar el volumen guarneciendo de finas pieles su cuerpo y de panes de oro sus cortes, lo sepulta en la áurea mazmorra de sus anaqueles sin permitir a otro viviente la casta posesión intelectual del libro, el examen minucioso, la lectura reposada, la obtención de un democrático microfilm que sirva para el demorado y preciso estudio. ¡Cuántas veces soñamos con una legislación que establezca el interdicto posesorio a estos bibliómanos y les expropie tales tesoros si no demuestran que al menos cada dos años han facilitado su conocimiento al pobre, al humilde investigador que lo necesita!

Tales tristezas y tales alegrías han constituido la vida literaria de M. Peeters-Fontainas desde que, muy joven aún, se sintió atraído por los estudios literarios e históricos, orientados, como es lógico, hacia el pasado de su país. La curiosidad de un novel aficionado a libros se centra en la aspiración a obtener las primeras ediciones de los escritores clásicos: poco a poco se comprende la casi imposibilidad de alcanzar la meta deseada y entonces las tibias vocaciones flaquean y suelen abandonar el camino emprendido. Pero los que llevan infiltrado en la sangre el virus bibliofílico, ciñen el campo, aprietan fronteras, reducen extensiones y se especializan en algo que sea más accesible.

No podía escapar a la regla general nuestro Notario lovainés y, fracasado en sus primeros esfuerzos por poseer esas ediciones originales de los clásicos — ¡y sus clásicos eran nada menos que Cervantes, Quevedo, Lope, Tirso, los autores de *La Celestina* y el *Lazarillo de Tormes* etc.! — se interesó por una faceta que la lectura de los catálogos de libreros le iba haciendo descubrir. En efecto, al repasar éstos se dió cuenta de que con relativa frecuencia aparecían libros impresos en los Países Bajos en lengua castellana, durante los siglos XVI y XVII. Algunas adquisiciones afortunadas le hicieron decidirse a formar una colección de tales libros, la cual satisfaría su interés patriótico belga, al mismo tiempo que su afición a la literatura y a la historia españolas.

Muchas veces, sin embargo, la realidad frustraba el deseo y nuestro

aficionado e incipiente bibliófilo tenía que contentarse son recortar la ficha correspondiente del catálogo para ir constituyendo una *Desiderata*. Y al llenar algunas carpetas con estas flores mustias de lo no conseguido, automáticamente se iba formando una pequeña bibliografía de libros españoles impresos en Bélgica y Holanda. De ahí al deseo de completarla no hay más que un paso y ese fué franqueado: los ratos perdidos, las horas dedicadas al vagar, fueron pronto consagrados a repasar los libros generales de información a la caza de noticias nuevas. Justamente la *Historia de la literatura* de Cejador y el *Manual del librero* de don Antonio Palau ofrecían copiosa cosecha de centenares de fichas.

Del Palau al Salvá, del Salvá al Gallardo, del Gallardo al Nicolás Antonio, toda la gama de bibliógrafos españoles fué recorrida afanosamente y entresacada con pasión: para esta primera colecta de materiales era oro fino cualquier dato de segunda y aún tercera mano, porque todavía el coleccionista no afinaba los sutiles instrumentos críticos que habrían de servirle más adelante para desterrar al mundo de lo disparatado mucho de lo que iba hallando y anotando sin discriminar entre la buena, la mediana y la mala procedencia.

Con la *Desiderata* así formada, el repaso de catálogos de librería y tal cual excursión a bibliotecas cercanas como la de la Universidad de Lovaina o la Real de Bruselas, poco a poco empezaron a ser corrientes para M. Peeters-Fontainas los nombres de escritores españoles de segunda y tercera fila, los humildes compañeros de las gloriosas primeras figuras, los títulos de sus obras y aun trabó relación a fondo con los modestos o grandiosos artistas de libros, con los tipógrafos y con los grabadores que supieron interpretar plásticamente las creaciones literarias. Plantin, Moretus, Nutius, Verdussen, Steelsius, entraron a formar parte en seguida de la familia intelectual del coleccionista y sus nombres sonaron tanto en el Estudio del Notario lovainés como los de los exégetas jurídicos necesarios para llevar a cabo la diaria tarea legal. La bibliofilia señoreaba los gustos del coleccionista: la bibliografía iba a conquistar sus actividades y a airear por el mundo lo que hasta entonces estaba sólo entre las cuatro paredes de su biblioteca.

Ya en ella formaban sección importante los libros españoles impresos en los Países Bajos y los ejemplares que Mag Bross, Rosenthal, Olschki, Barbazán, García Rico, etc. iban enviándole, eran en seguida provistos de elegante vestidura si es que no traían sus lomos cubiertos con finos abrigos de pieles trabajados por Padeloup, Lortic, Trautz Bauzonet, Michel, o Brugalla. Era M. Peeters-Fontainas el único que coleccionaba la especialidad antes de la segunda guerra mundial y, salvo en las piezas rarísimas como los *Cancioneros* o *Romanceros*, siempre fabulosamente buscados, no tenía apenas rival.

Cuanto figuraba en los almacenes de los principales libreros europeos

fué pasando poco a poco a sus manos y se daba el caso de adquirir a veces dos o tres ejemplares, mejorando siempre, hasta conseguir el impoluto, nítido, que ofreciera intacta su belleza a las amorosas miradas del apasionado bibliófilo. ¡Tiempos felices en los cuales no se aceptaba en los dignos anaqueles del coleccionista ni el volumen con hojas en facsímile, por muy raro que fuese, ni el que llevara en sus márgenes excesiva mella de la cuchilla de bárbaro ligatario o no presentase al tacto la agradable y suave delicadeza de una piel marroquí si se trataba de una producción de los siglos XVI o XVII! Nadie toleraría entonces — y menos el bibliófilo belga — esas raheces cubiertas en tela basta, esos crueles cosidos de gusanillo o esos encolados fieros que han impuesto en nuestros días el mal gusto y el desconocimiento de quienes con libros tratan. Pero todavía no agonizaba la época dorada de la bibliofilia.

Acaso no sea inoportuno consignar aquí algunos recuerdos personales. A fines de 1931 y comienzos de 1932 tuvimos la grata satisfacción de trabajar en el maravilloso museo que la ciudad de Anvers ha construído con los archivos, materiales y colecciones de la gran casa impresora fundada por Cristóbal Plantino y desarrollada durante tres siglos por las sucesivas familias de los Moretus. Una de las mayores satisfacciones de aquel viaje fué la de conocer al muy docto escritor y bibliotecario M. Maurits Sabbe, gran caballero, gran erudito y apasionado de las cosas hispánicas, con quien conservamos cordial amistad hasta que en 1936 una guerra separó a España del resto de Europa para enlazarse con otra mundial en 1939.

En las extensas conversaciones que sostuvimos con M. Sabbe en su austero despacho o en los reposados paseos por la vieja ciudad porteña, hablamos muchas veces del proyecto de reunir una exposición de libros españoles impresos en los Países Bajos, de recoger y presentar los textos existentes y a la mano, con objeto de obtener las necesarias descripciones para una bibliografía futura. Publicando un catálogo de lo conocido y remitiéndolo a bibliófilos y bibliotecas, podría completarse con las noticias que estas facilitasen de lo que existía entre sus fondos.

M. Sabbe había trabado conocimiento con M. Peeters-Fontainas, inédito entonces como publicista pero esforzado y feliz colector de tesoros literarios. Y tras conversaciones y cartas, surgió un proyecto amistoso de colaboración: se celebraría una muestra del libro español impreso en los Países Bajos utilizando los magníficos salones del palacio del Marché du Vendredi, se publicaría en las páginas de la revista *De Gulden Passer* el conjunto de cédulas reunido por M. Peeters-Fontainas y un ejemplar de la separata iría a cada uno de los más importantes centros bibliográficos con el ruego de que remitieran nota de las posibles adiciones o correcciones.

Para el futuro estaba también trazado el plan de un libro extenso, una copiosa obra que veía así el docto M. Sabbe: « La bibliographie proprement

dite serait réservée dans cette collaboration à M. J. F. Peeters-Fontainas; l'étude de l'importance littéraire et scientifique des ouvrages décrits serait confiée à M. A. Rodriguez-Moñino; tandis que mon travail se bornerait aux recherches historiques concernant les imprimeurs et le développement de leur commerce avec l'Espagne ».

Con la ayuda de los Sres. J. Lhermitte, Et. Vauthier, C. Debaive y el R. P. Nieuwenhuys se reunieron los libros que había en la Biblioteca Principal de la ciudad de Anvers, en la Real de Bruselas, en la Universidad de Gante en la biblioteca de Postel, los cuales, junto a los del Museo Plantin-Moretus y los de la colección particular de M. Peeters-Fontainas, ofrecieron a los ojos de los concurrentes a la Exposición — que duró desde el 18 de febrero hasta el 19 de marzo de 1933 — un brillantísimo conjunto de maravillas bibliográficas.

El volumen también se publicó en un hermoso inquarto de más de doscientas cincuenta páginas titulado *Bibliographie des Impressions Espagnoles des Pays-Bas*, en el cual llegaron a reunirse 1488 noticias de otros tantos libros peregrinos, vistos unos, poseídos otros y anotados todos gracias a la diligencia del infatigable notario lovainés. Hoy constituye ya una rareza bibliográfica porque la edición fué corta y muchos los aficionados que inmediatamente se apresuraron a adquirirlo.¹

Las notas descriptivas eran sumarias, con los datos imprescindibles de autor, título abreviado, lugar, impresor y año. Todas las papeletas habrían de rehacerse con arreglo a un modelo más amplio y perfecto en el cual quedaba asimismo constancia de los ejemplares conocidos, su localización y los bibliógrafos que daban noticia de ellos. Por desgracia todo lo interrumpió la guerra de 1936, que nos separó de los otros dos colaboradores, y el fallecimiento del bondadoso M. Sabbe, ocurrido en Anvers el 12 de febrero de 1938 a los 65 años de su edad.

Aunque por nuestra parte habíamos hecho un esquema del trabajo, y aún redactado algunas páginas, los sucesos de 1936 y sus conocidas consecuencias de 1939 en adelante, impidieron la posibilidad de una labor reposada y seria, teniendo que renunciar a proseguirla.

Quedaba así M. Peeters-Fontainas solo para mantener el fuego sagrado de la obra. Y bien claro está que durante los más de treinta años transcurridos desde que se inició nuestra colaboración, ha sido él el único capaz de no dejarse abatir por la desesperanza en los malos momentos, de superar las dolorosas circunstancias de 1939-1946 y de llevar a cabo una obra que es orgullo legítimo de su autor, admiración de cuantos la conocemos y será instrumento imprescindible para bibliotecarios, bibliófilos y libreros.

¹ *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas*. « De Gulden Passer », Antwerpen, 1933, pp. 1-245.

Por vez primera veía su nombre el Notario de Lovaina en la portada de un impreso y a buen seguro que, engolosinado con esta salida, tomó afición a comunicar por escrito si no todo lo que sabía, sí algo de lo mucho curioso que iba observando al preparar los materiales para la gran obra futura. Así ven la luz pública sus artículos interesantes en torno a ciertas afirmaciones de M. Jules Duhem en *Un livre disparu de la Colombine*,² el *Flosculus Sacramentarum* de don Pedro Fernández de Villegas, insigne traductor al castellano de la *Divina Comedia* (1934)³; a una edición antuerpiense de 1558 de *La Celestina*, perdida (1936), o a una bella encuadernación atribuida al propio Cristóbal Plantino⁴ que, como se sabe, cultivó antes que el arte tipográfico el de la ligatoria (1938).

De estos tres artículos — agudos y breves — escogemos, como muestra, el segundo. M. Peeters-Fontainas, en su laboriosa tarea de reunir cuantos datos puede sobre la tipografía hispana en su país, encuentra citadas siempre las mismas tres ediciones de *La Celestina* hechas por los Nutius en Anvers: S.a. circa 1545, en casa de Martín Nucio; 1545, en casa de Martín Nucio; 1568, en casa de Philippo Nucio. Los bibliógrafos del tema — Krapf — o los generales — Nuyts, Salvá, Palau — son las tres que conocen. Nuestro autor halla, sin embargo, en el prólogo puesto por el librero Amarita a su edición (1835) nota de una *Celestina* impresa por « la viuda de Martin Nucio », señora que regentó la Casa desde 1558 hasta 1565.

Quizá otro erudito menos entusiasta y fervoroso se habría limitado a dar cuenta de esta noticia sin apurar más; pero la tenacidad docta del investigador emprende una larga revisión de fuentes y repertorios hasta que en uno de los antiguos, en el *Catalogus librorum ex variis Europae partibus advectorum*, compilado por el bibliópola Roberto Scott, de Londres, halla la mención concreta de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. 8. en Anvers. 1558. ¿Cuántos pseudobibliógrafos, de los que se contentan con mencionar (y no siempre bien) tan sólo lo que tienen a la mano, habrían agotado la investigación hasta acudir a ese olvidado catálogo inglés que ni siquiera figuraba en los anaqueles de M. Peeters-Fontainas y tiene que tomarlo prestado de la casa Ellis de Londres?

Desde 1933 a 1938 el coleccionista belga se transforma seriamente en bibliógrafo. Las críticas y las sugerencias que recibe con ocasión de la *Bibliographie*, el contacto epistolar con especialistas y técnicos, el acre-

² *Note sur un article de M. Jules Duhem, intitulé « Un livre disparu de la Colombine »*. « Bulletin du Bibliophile », Paris, 1934, pp. 383-385.

³ *Une édition perdue de « La Celestina »*, Anvers, 1558. « Papyrus », Barcelona, 1936, pp. 28-30.

⁴ *Encore une reliure attribuée à Plantin*. « De Gulden Passer », Antwerpen, 1938, pp. 28-30.

centamiento de los instrumentos de trabajo — cada vez más afinados — en su biblioteca, le hace ir calibrando el valor de las fuentes, la seriedad mayor o menor de los críticos, el crédito que hay que otorgar o no conceder a ciertos escritores, en fin, esa especie de sexto sentido, de ojo clínico que no se obtiene en las aulas, sino que acaba por otorgarse a los que desinteresada y afanosamente consagran sus días, meses y años a la búsqueda de la verdad por ella misma.

Y así se llega a 1939. Si en el siglo pasado pudo hablarse de *Las tormentas del 48* que transformaron la faz política de Europa, noventa años después más negros nubarrones entoldaban el horizonte continental que aparecía preñado de amenazas. Los amagos bélicos son desgraciados para todos los países, pero para Bélgica son terribles: el simpático y laborioso país se ha visto invadido, atenazado, saqueado, lleno de ruinas en la conflagración de 1914-1918 y ahora, el mismo enemigo de antaño, cien veces más poderoso, amenaza la seguridad nacional.

M. Peeters-Fontainas prevé lo que va a ocurrir y teme por la suerte de su biblioteca hispánica. Los libros tan codiciosamente reunidos, los rarísimos ejemplares, algunos únicos, vestidos con sus encuadernaciones severas unos u ostentando en sus tapas las armas de ilustres poseedores, otros cubiertos con finas marroquíes de tantos maestros insignes, estaban abocados a una desaparición total a consecuencia de las acciones bélicas o a una sustracción por los posibles dominadores. Tenía que tomar todas las medidas para que los tesoros bibliográficos no padeciesen.

Y si desaparecían los volúmenes, era conveniente y necesario conservar noticia de todo lo reunido, de la documentación bibliográfica de un conjunto que, es seguro, no habría de volver a reunirse. Así previniendo contingencias futuras, reunió las cédulas que constituían el catálogo sumario de su biblioteca y en octubre de 1939 lo daba a la stampa, en un tomito de cien páginas de letra apretada, con el título de *Livres espagnols imprimés aux Pays Bas et quelques livres rares et curieux réunis par un amateur louvaniste*. Figuran en él 642 números.⁵

Un *Avant-propos* brevísimo, firmado con las iniciales J.P.-F. nos relata el primitivo proyecto y cómo de los tres colaboradores « la triste guerre d'Espagne empêche l'un d'eux de mener à bien son travail, la mort m'enlève le second. Me voici seul, en présence d'une entreprise dont moins que personne j'ignore les grandes difficultés. Vais-je donc abandonner mon projet? Non, certes. *Vivit sub pectore vulnus* ». Y tras esta magnífica afirmación asegura que sus entusiasmos de bibliófilo y en especial el que ha volcado en reunir las producciones españolas de su país son por sí suficientes para impedirle ceder a la desilusión.

⁵ *Livres espagnols imprimés aux Pays-Bas et quelques livres rares ou curieux réunis par un amateur louvaniste*. Louvain, Em. Warny, 1939. 8°. 100 págs.

Por otra parte, como muchos bibliófilos y amigos le han instado a proseguir él solo la tarea, se lanza a publicar la obrita con la esperanza de que les sirva de adelantado y muestra de la obra futura « qui je l'espère, paraître plus tard ». Y como sabe que la bibliofilia es pasión y que la pasión rebasa muchas veces los límites oportunos, pide disculpa por haber deslizado en el texto noticia de algunas rarezas lovainesas y por dar nota de algunos ejemplares duplicados « pouvant servir d'échange ».

No contento con esto, todavía inserta M. Peeters-Fontainas al final del opúsculo una serie de noticias relativas a la imprenta española en los Países Bajos, un catálogo de las bibliografías en las que el lector puede hallar por extenso los títulos que se ve forzado a dar abreviadamente, lista utilísima para iniciarse en el tema. Recordamos ahora cómo, en los trágicos días de 1940 y 1941, cuando las circunstancias y algunos hombres se aliaron para arrebatar nos toda tranquilidad material y espiritual, recogimos con viva emoción de manos de Julián Barbazán, el excelente librero y amigo, un ejemplar del opúsculo. ¡Cuánto su lectura nos sirvió de sedante y cómo pudimos, a través de sus notas y fichas, alejarnos de una realidad hostil y volver la atención y el espíritu al campo de las preferencias!

Impreso el volumen, se salvaba la memoria, pero los libros seguían expuestos a los azares imprevisibles de la guerra y de la invasión. M. Peeters-Fontainas quería — ¡y con qué empeño! — proteger sus tesoros bibliográficos, para lo cual inició gestiones en la Biblioteca de la Universidad con objeto de que tuvieran allí alojamiento temporal sus conjuntos o por lo menos las piezas más raras: por fortuna a última hora tomó la decisión de ocultarlas en los sótanos de su casa, en la cámara preparada para guardar los archivos y las minutas de su Estudio de Notario. « La Providence — nos escribía el docto bibliófilo — a permis que je les retrouve intacts, alors qu'à deux pas de chez moi, la bibliothèque universitaire était complètement détruite une deuxième fois ».

Si 1939-1945 han sido años de inquietud, de salvación sin acrecentamiento, con la paz vuelven a reanudarse las relaciones antiguas y tornan a fluir hacia Lovaina los catálogos de librería, las ofertas ante-venta, la correspondencia con los amigos y los paquetes conteniendo los delicados y pequeños impresos de los Nutius o los severos folios de los Verdussen. Al acabar la guerra mundial, durante media docena de años, el comercio de libros vive de una corriente de liquidación considerable en Europa y es el momento último de la bibliofilia no reservada a multimillonarios.

La colección de M. Peeters-Fontainas se aprovecha con fortuna de las circunstancias y así ingresan en ella piezas excepcionales provocadoras de justísima envidia: la dispersión de la biblioteca Landau-Finali de Florencia, que nos dió la alegría de poder poseer el ejemplar único de la *Flor de romances* de Alcalá 1597, encarriló hacia Lovaina el también único *Libro aureo* de Guevara (1529) y el codiciado *Cancionero de romances*

de 1568, última salida editorial del conjunto que apareció por vez primera en casa de Nutius c. 1547.

Asimismo, cuando J. P. R. Lyell se deshizo de su espléndida biblioteca en 1939 pasando los libros ilustrados de categoría a nutrir los fondos de Mr. Philip Hofer en Cambridge, Mass.; de los volúmenes que no atravesaron el Atlántico, porque los retenían los grandes libreros Blackwell de Oxford o Quaritch y David & Orioli de Londres, supo rescatar para su colección las dos partes del *Lazarillo* de 1555, insignes en su rareza.

De esta época datan igualmente la casi única *Gramática de la lengua vulgar de España* (Lovaina 1559), la edición original de las canciones de San Juan de la Cruz y las dos antuerpienses — 1553 y 1555 — del *Caballero determinado* con las armas del ilustre Baron Achille Seillière, uno de los más opulentos y exquisitos bibliófilos del siglo que se abre en Francia con Charles Nodier y se cierra con Louis Barthou.

Sería cuento de nunca acabar la cita de las afortunadas adquisiciones de M. Peeters Fontainas durante este período: el lector que saboree las páginas de la presente obra hallará en infinitos lugares la mención de cuantas piezas han ido ingresando en sus anaqueles y experimentará la misma noble envidia que experimentamos al anotar los inasequibles tesoros.

En 1953 reanuda la serie de sus publicaciones y da a la estampa, primero en las páginas de la benemérita revista *De Gulden Passer* y luego en preciosa separata, una de las más curiosas autobiografías literarias del siglo XVI.⁶ Juan Martín Cordero, valenciano, nacido en 1531, queriendo perfeccionar sus estudios se marcha a París donde permanece un año al lado de los maestros de La Sorbonne. Alguien le aconseja que, dadas las circunstancias de guerra entre España y Francia, le sería conveniente trasladarse a Flandes, cosa que hace sin vacilar.

Durante diez años reside en los Países Bajos y allá se relaciona con los medios editoriales, sobre todo con la casa de Martín Nutius para la cual trabaja mucho. « Sans doute est-ce lui qui mit la dernière main à tant d'éditions célèbres sorties de l'officine, le *Cancionero de romances*, le *Cancionero general* de 1557. Il a dû corriger les épreuves du *Lazarillo de Tormes* et connaître le mystérieux auteur de la deuxième partie de ce roman picaresque paru en édition originale ».

La narración de sus viajes y peripecias, entre las cuales se cuenta la de ser hecho prisionero y retenido por el Señor de Roberval un año entero, apasiona como una novela. Yo recomendaría a los aficionados la lectura

⁶ *Extrait des Mémoires de Jean-Martin Cordero de Valence. Sa vie d'étudiant à Louvain; ses traductions espagnoles; ses éditions aux Pays-Bas.* « De Gulden Passer, » Antwerpen, 1953, pp. 59-87.

de este entretenidísimo relato, traducido por M. Peeters-Fontainas y seguido de una precisa descripción bibliográfica de los volúmenes que publicó en las prensas de Nutius, Plantino, Simon, Bellerio y Copenio el erudito humanista valenciano.

En 1956 aparece, bajo un título modesto: *L'officine Espagnole de Martin Nutius à Anvers*, uno de los más logrados ensayos de bibliografía parcial que hasta ahora se hayan escrito sobre un editor de textos españoles antiguos.⁷ Muchos de los libros impresos por Martin Nucio entre 1543 y 1558, por su Viuda (1558-1565) o por los sucesores de su casa: Felipe (1565-1581), Martin II (1586-1607) o los Herederos de éste (1607-1615), carecen de fecha, privando así a los historiadores y críticos literarios de un dato fundamental para sus estudios.

M. Peeters-Fontainas se propone fijar con la necesaria exactitud el año en que se estamparon por primera vez tales ediciones y este deseo le lleva a trabajar la monografía, que supera con creces cuanto se había hecho antes. Baste indicar, por una parte, que el catálogo más completo de obras salidas de las prensas de los Nutius, el redactado por M. Joseph Nuyts en 1858, comprendía 95 títulos mientras que ahora se eleva la cifra a 151, y por otra, que (salvo 16 tan sólo) todos han sido localizados por el diligente erudito en la propia o en ajenas bibliotecas.

El minucioso y detallista examen de los grabados que se emplean en las diferentes obras, el estudio de sus desgastes o fracturas, le lleva a impecables conclusiones cronológicas: muy pocas (tal vez ninguna) de las fechas ahora fijadas, podrán ser rectificadas en adelante: es curiosísimo apreciar cómo la marca número 1 de Martin Nucio aparece intacta en libros impresos entre 1544 y 1546, con un defecto en los que stampa entre 1546 y 1548, con dos en el aparecido entre 1549 y 1550, finalmente con tres en los que salen entre 1550 y 1551.

Nos lleva de la mano tan acuciosa rebusca a fijar, ya sin dudas, las fechas de impresión de libros de la categoría de las *Obras* de Boscan (1545), *Celestina* (1547), *Cancionero de romances* (1547-1548), *Propaladia* de Torres Naharro (1547-1548) o *Romances* de Lorenzo de Sepúlveda (1551). ¡Problemas bibliográficos resueltos para siempre gracias a la diligencia y finas dotes de observación del bibliófilo belga!

Además del estudio de las marcas, de la narración histórico-biográfica y del preciosísimo catálogo de ediciones, lleva un buen conjunto de referencias y, sobre todo, una lista de *éditions recherchées* en donde van señaladas hasta diecinueve menciones de otros tantos libros de los cuales no se conoce hoy ningún ejemplar, con el deseo de que bibliófilos, bibliotecarios, y libreros ayuden en la búsqueda y localización de ellos.

⁷ *L'Officine espagnole de Martin Nutius à Anvers*. « De Gulden Passer », Antwerpen, 1956. 106 pags.

La tesonera actividad del autor ha hecho que en la presente obra figuren ya, perfectamente descritas nueve y rechazada una de ellas por ser error de copia.

Mientras tan preciosa monografía se estampaba en Anvers, un nuevo trabajo de M. Peeters-Fontainas veía la luz pública en Coimbra.⁸ Suele achacarse a la casualidad el hallazgo de imprevisibles tesorillos bibliográficos, escondidos a veces en lugares insospechados, y no siempre este regalo al azar es justo: cualquiera puede pasar junto a una maravilla bibliográfica y desconocer por completo el interés que presenta. Para aquilatar rareza, para poner en valor primores de bibliofilia, hay que tener una curiosidad infinita, un conocimiento profundo y un interés no limitado al campo de la propia especialización.

Si no hubiese reunido estas circunstancias, nuestro bibliófilo, contento con la adquisición de un excelente ejemplar de la rara gramática latina de Manuel Álvarez estampada en Lisboa, en casa de Juan Barrera el año 1572, hubiera redactado una ficha y colocado, sin más, el volumen en sus estantes. Pero el amor profundo del bibliófilo le hace examinar los entresijos de la encuadernación, modesta, en piel negra, y percibir a través de la guarda el reflejo de los caracteres góticos correspondientes a una hojas utilizadas para fabricar el cartón. Humorísticamente nos dice el escritor que « un peu poussé par la hantise de retrouver l'édition originale de *La Celestina*, nous avons confié à un maître relieur réputé, le soin de déboîter la reliure et de détacher avec prudence les feuillets qui nous intriguaient ».

No, no fué la primera *Celestina*, pero sí un desconocido e importante libro portugués el que salió de esas hojas engrudadas por el encuadernador de antaño. Trátase de unas *Horas de Nossa Senhora* impresas en Coimbra, en casa de Juan Álvarez el año de 1563. Hasta que M. Peeters-Fontainas estudió el hallazgo, no se conocía ninguna otra edición de tal libro, que debió de ser frecuente antaño. El trabajo está consagrado a describir con toda minucia el volumen (los fragmentos) y a situarlo dentro del panorama, bibliográfico lusitano.

¡Peregrina coincidencia! Poco después de este aldabonazo a la tipografía portuguesa del siglo XVI, en la Biblioteca Nacional de Lisboa, perdidos asimismo en las tapas de viejo volumen, se hallaban otros folios correspondientes a una edición de las *Horas de nossa Senhora* estampadas en 1563, y por los mismos días entregábamos a la imprenta un trabajo sobre los fragmentos del único manuscrito de *Amadis de Gaula* (siglo XV), salvados al desmontar las tapas de un libro sin importancia alguna. Nunca nos cansaremos de repetir a bibliófilos, libreros y bibliotecarios que no

⁸ *Horas de Nossa Senhora, Coimbra 1565*. « Arquivo de Bibliografia Portuguesa », Coimbra, 1956, pp. 31-38.

arrojen al cesto de los papeles las viejas cubiertas de antiguos volúmenes sin proceder al examen cuidadoso del cartón: todavía han de aparecer importantes textos literarios ocultos en tan pobres escondrijos.

En Coimbra también, y en el prestigioso *Arquivo de Bibliografia Portuguesa*, ve la luz pública otro ensayo bibliográfico curiosísimo, que vino a proyectar viva luz sobre un punto muy debatido de erudición cervantina.⁹ Trátase de un raro *Quijote* en cuyo pie de imprenta se indica que está estampado « En Bruselas, a costa de Pedro de La Calle » en 1671. El nombre del editor era completamente desconocido en la capital de Bélgica, ningún otro libro aparece como hecho a sus expensas y la tipografía no le disputa como característico de talleres bruseleses.

M. Peeters Fontainas va conduciendo la investigación, morosa y apasionadamente, a partir de 1662, fecha en que el impresor Jean Mommarte de Bruselas da a la estampa un *Quijote* ilustrado en dos volúmenes, del cual quedan aún ejemplares invendidos a su muerte. Los hermanos Gerónimo y Juan Bautista Verdussen adquieren en setiembre de 1669 los fondos españoles y los privilegios, y ponen en circulación, con nueva portada (Anvers 1670) el *Quijote*. Pero en 1672 ya estaba agotándose y los Verdussen preparan nueva tirada para Pascuas del 73.

Mientras tanto su corresponsal en Madrid, Florian Anisson, les avisa de que el mercado está lleno de *Quijotes* con estampas y que es tal la cantidad de ellos que incluso se venden en rama: el autor de la piratería es un Horacio Boissat, de Lyon, que oculto bajo el seudónimo de Pedro de la Calle había estampado otros libros como el *Príncipe perfecto* (1665) de Andrés Mendo y las *Obras métricas* de don Francisco Manuel de Mello (1665). Estocada por cornada: los Verdussen lanzan una obra cuyo privilegio poseía Boissat y a la reclamación de éste le contestan con una carta, durísima, inflexible, en la cual se pone en claro todo el asunto.

Claridad, orden y excelente método brillan en el trabajo de M. Peeters-Fontainas, cuya consecuencia es desterrar definitivamente de las bibliografías belgas una producción que no les pertenecía y explicarnos, a la luz de documentos irrefutables, un punto oscuro de historia tipográfica. Y para colmar esta laguna, al final del artículo, reivindica para las prensas antuerpienses la edición del *Quijote*, conservada en un solo ejemplar de la Hispanic Society of America, cuyo pie aparece como de Lisboa 1775.

Dos monografías redactadas recientemente por el docto erudito están consagradas a *El caballero determinado* de Olivier de la Marche en su

⁹ *Le Don Quixote daté de Bruxelles, Pedro de la Calle, 1671.* « Arquivo de Bibliografia Portuguesa », Coimbra, 1958, pp. 8-13.

traducción castellana. En la primera¹⁰ de ellas señala la existencia en el British Museum de la rarísima salmantina de 1560 que no habían podido hallar los críticos modernos; en la segunda¹¹ organiza diligentemente un catálogo de ediciones, metódico, riguroso, que abarca nada menos que siete tiradas más tres variantes cuyo interés va explicándonos con abundancia de detalles.

Finalmente, el último de los trabajos hasta ahora publicados por M. Peeters-Fontainas,¹² aporta una valiosísima contribución a la bibliografía al comentar por vez primera el solo ejemplar conocido (en la Biblioteca Nacional brasileña) del *Epitome de los Turcos y sus Emperadores*, Lovaina 1538, única representación de la lengua de Camoens en la producción tipográfica de los Países Bajos durante el siglo XVI.

Los ocios oficiales entre 1951 y 1960, han servido, pues, para que el minucioso bibliófilo enriquezca el conocimiento de la tipografía belga y de la literatura peninsular en la época más brillante de su desarrollo. Únase a esto la creciente intensificación de su biblioteca, la búsqueda sin tregua, a través de catálogos de librerías y de colecciones, de noticias o volúmenes y se comprenderá fácilmente que sus conjuntos bibliográficos no tengan rival hoy por hoy.

Al reconocimiento de esta verdad, moneda corriente en el mundillo de los aficionados europeos y americanos al libro viejo, ha venido a sumarse el oficial: la prestigiosa The Hispanic Society of America (New York) le discernió el 10 de octubre de 1957 el título de Miembro; la Real Academia Española le eligió, en 30 de abril de 1958, por voto unánime, Académico correspondiente en Bélgica, distinción rarísimamente otorgada.

Quedan aquí, resumidos torpemente, el *curriculum vitae* y los trabajos con que el bibliófilo belga ha ensanchado el campo de la erudición. Siempre hay en ellos el cumplimiento de un deseo que el docto Sánchez Alonso formuló hace ya muchos años al expresar que « el bibliógrafo debe ahondar en lo ignorado », prescindir de vulgares repeticiones, abandonar el camino fácil de la copia y acumulación de fichas sin discriminar *vera ac falsa* y sin comprobar la autenticidad y precisar localizaciones. En los artículos y libros de M. Peeters-Fontainas hallará el lector el encanto de la novedad aureolado por la más rigurosa exactitud.

Tales condiciones brillan con fulgor perenne en el volumen que hoy se publica y que es compendio y suma de lo que su constancia, inteligencia y conocimientos han reunido sobre el tema durante casi cuarenta años

¹⁰ *A propos des éditions du « Caballero determinado. » « Les Lettres Romanes », Louvain, 1959, pp. 69-70.*

¹¹ *Les éditions espagnoles du Chevalier délibéré d'Olivier de la Marche. « De Gulden Passer », Antwerpen, 1960, pp. 178-92.*

¹² *Un post-incunable portugais, imprimé à Louvain. « Het Boek », Den Haag, 1961, pp. 197-200.*

de incesante estudio. No hemos de entrar en el examen de él porque el lector lo tiene en sus manos y juzgará por sí mismo. ¡Qué lejos ya los tiempos del Baron de Reiffenberg o de Nuyts! Hoy caminamos con pie seguro por el, hasta ahora, intrincado laberinto bibliográfico, que presentaba la tipografía española en los Países Bajos y están echados los cimientos para que pueda construirse el gigantesco edificio de la expansión literaria hispana en los siglos de oro y redactarse un capítulo importante en la historia de las relaciones culturales entre dos pueblos.

Agradezcamos tales logros a M. Peeters-Fontainas y a la inteligente Dirección de la Bibliothèque Royale de Belgique, cuyo Conservador Principal, M. Herman Liebaers, ha sabido apreciar en su justo valor la importancia de la obra y no ha ahorrado esfuerzo alguno para que salga con el decoro científico y tipográfico que merece. M. Herman Liebaers, al estimular, acoger y favorecer la conclusión de este libro, se ha hecho acreedor a la gratitud de cuantos estudian la cultura española en los Siglos de Oro y ha proseguido dignamente el camino de acercamiento espiritual que, iniciado hace más de una centuria por Gachard, contó en sus filas nombres tan insignes como los de Max Rooses, Lucien-Paul Thomas o Maurice Sabbe.

Berkeley, California.
4-febrero-1964

A. Rodríguez-Moñino
Profesor de la Universidad de California
(Berkeley) y Vice-Presidente de The
Hispanic Society of America (New York).